

Jorge Mañach: prensa, periodismo y comunicación

»... este país y su prensa se levantarán o caerán juntos.»

JORGE MARTÍ (1955:17)

»...nunca fue pecado la ingenuidad...»

JORGE MAÑACH (28-IV-61)

Patricia Pardiñas-Barnes

LA LIBERTAD DE PRENSA, PRINCIPIO CLAVE DE NUESTRA Nacionalidad, tuvo profundas raíces culturales nutridas por la robusta empresa privada de revistas y diarios de alto nivel profesional. Durante la República la prensa fue institución libre que grabó reveses y dobleces de la nación y aunque respaldó el respeto cívico y la deferencia a las instituciones del poder, el sensacionalismo fue uno de sus grandes males. A través de esos diarios y revistas que por casi sesenta años definieron y retaron la *cubanía*, la prensa y Jorge Mañach desarrollaron una relación muy estrecha abogando por la *legitimidad*. Esta alianza comunicativa que distinguió su periodismo tuvo el propósito de forjar nacionalidad, crear comunidad, y responsabilizar al lector/pueblo de su propio futuro venidero. Si Fernando Ortiz identificó la singularidad de la cultura cubana, Jorge Mañach fue el heredero que reconoció la *comunicación social* como método eficaz para crear principios de identidad nacional.

Desde sus más tempranos ensayos en *Bohemia* y *Diario de la Marina* Mañach vinculó la cultura y la política con el fin de ajustar los *males cubanos*. Al final de su vida, tras la pérdida de la patria y su propia salud, Mañach evaluó con tristeza ese medio siglo de arreglos revolucionarios en prensa, radio y televisión y no le pareció bastante que, después de tanto forjar nación, solo pudiera el cubano «contentarse con haber durado a través de esta tragedia cubana.».

Dejó como testimonio de esos sentimientos una carta escrita unos días después de la invasión de *Bahía de Cochinos*, hasta el presente inédita. Aunque reconoció que el género epistolar requería manuscritos, la escribió a máquina y no a puño y letra, manteniendo el pragmatismo que le caracterizó en su escritura. Por razones editoriales, solamente me limito a esbozar ese estrecho esfuerzo nacionalista entre la prensa y Jorge Mañach, señalado promotor de la comunicación social en Cuba.

FIN Y PRINCIPIO: 1959-1902

Desde el principio de la República, la prensa fue el medio de comunicación convenido que enlazó la identidad nacional con la República. No solo nos definió, sino que identificó la nacionalidad cubana a base de la preponderancia política y cultural. Fueron pocos los periódicos que elogiaron el talento empresarial y los logros económicos de la emergente clase media y profesional. Cada diario, periódico, revista o *post* promovió una imagen de la isla, un discurso particular o un *approach* a la cubanía. Entre los tempranos periódicos que pintaron un desacreditado panorama político estuvo *La política cómica* (1905) que dio vida a la imaginativa personalidad de *Liborio*. Se llegó a decir en aquella época que en Cuba había tres males: *La política cómica*, Fontanills (por sus páginas sociales), y el teatro Alambra. Pero hubo otros, como *El Heraldo de Cuba* (1913) de Manuel Márquez Sterling, que fueron sinónimo de excelentes diaristas. Al salir *El Heraldo* quedaban cuatro viejos periódicos que fusionaron la imagen nacional del siglo xx: *Diario de la Marina*, *El Comercio*, *La Discusión* y *La Lucha*. Además del *Havana Post* y *El Mundo*, pronto se añadieron *Cuba* de los Villaverde (1907), *El Triunfo* de Morales Díaz (1907), *La Prensa* de Carlos Garrido (1909), *El Día* (1911) y *La Noche* de Hernández Guzmán Irazóz. Aunque el protocolo de esa escritura no es tema del presente ensayo, basta notar que Mañach publicó sin cesar con una sutileza que lo hizo maestro del ensayo periodístico.

En los portavoces de sus redacciones ese golpe de vista forjó un ambiente abierto y comunicativo para que el lector formulara sus propias preguntas. En este contexto, Mañach no pretendió dar una respuesta clarividente al lector, sino inquietar e interrogar, y más importante, hacer del lector cómplice e interlocutor de los eventos rutinarios. Tras todo su esfuerzo en centenares de artículos para periódicos y revistas, existió su interés por emprender la cultura cubana con *C mayúscula* en múltiples medios de difusión. Mañach opinó que la prensa era la forma subalterna o accesoria de la cultura. Para los estudiosos de su obra el valor de esta aserción radica en convalidar su postura histórica de gran provocador de la conciencia nacional. Como tal, tuvo una oportunidad única en modelar la valoración de la patria. Pero el efecto de cómo resolvió y retó lo que pudo haber sido Cuba —una república con democracia— continúa siendo tema pendiente.

Nuevos vientos llegaron a la isla con Lisandro Otero, quien publicó *El País*, y con la difusión de *La Semana* (1925), que relampagueó por el periodismo anti-machadista de Carbó. Cuando Mañach publicó en 1925 «La Pintura» en

El Libro de Cuba (546), aquel joven escritor y excelente caricaturista ya tenía acceso a la prensa en *Bohemia* y *Diario de la Marina* con redacciones que perfilaron dos actitudes periodísticas muy diferentes. La filosofía marxista del momento suscitó la retórica de «clases» y sobre todo el menosprecio por la ganancia, la riqueza y todo lo que tuviera tinte de materialista sin reparo al progreso que tras estas vías lograron el pueblo cubano y la nación. Típico en la vida cotidiana de la República fue el ensayo político en *Ahora*, mejor conocido por *El Periódico de la Revolución* (1933-35), *El Crisol* (1934), *Avance* (1934), *Alerta* (1935), e *Información* (1937) Como otros jóvenes revolucionarios, Mañach tuvo una actitud intransigente hacia la situación socio-política que lo hizo centro y blanco de aquellos intelectuales sobresalientes por su talentoso brío reformista. Su generación repudió los primeros veinticinco años de República de raíz e hizo revolución contra los males de la nación. La cuestión palpitante para la mayoría aparentaba resolverse en hallar una identidad nacional que puramente definiera los valores de una singular cubanía. Los manifiestos, anhelos y destinos maquinados por el oleaje político de la prensa del primer cuarto de siglo lo perfiló Concha Meléndez en «Jorge Mañach y la inquietud cubana» en *Signos de Iberoamérica* (1936).

Como indicaron sus historiadores, Alvarez, Villedor y Martí, en los pasillos de las grandes prensas cubanas Mañach fue sinónimo del mejor periodismo literario de su época y por igual fue conocido como el gran inquisidor de la política nacional, atando la tradicional figura del intelectual al equívoco destino del gobernante. La política requería dirigentes especializados y avocados a esa tarea totalmente, aunque en períodos de fundación o en momentos de crisis nacional Mañach opinó que el intelectual debería si no regirla, al menos orientarla. Se dedicó totalmente a esa empresa, y con excepción de la biografía de José Martí, de una pieza teatral, de un cuento largo y de algunos ensayos filosóficos y literarios, los demás temas abordados en sus libros fueron antes o después expuestos en fogosos ensayos para rotativos. Es verdad que este afán de forjador/periodista le impidió terminar otros volúmenes completos de sus ensayos, sobre todo los de *Acción*. Esas páginas del diario del partido ABC, que fue dirigido por Mañach hasta poco después del machadato, ilustraron claramente su temperamento para asuntos de nacionalidad. En esa y otras columnas publicó su propia visión cultural de tinte utilitario, que irónicamente profetizó la grave intención de la UNEAC, otra futura maquinaria cultural.

Las ceremonias y discursos convencionales de la prensa cambiarían drásticamente a partir de 1950. En esa voraginosa década la cultura tomó un segundo lugar mientras una nueva generación timoneaba la retórica nacionalista poniendo en tela de juicio (de nuevo) la legitimidad cultural. Al volver de un segundo exilio, Jorge Mañach intentó recuperar su lugar como director de *La Universidad del Aire*, pero ya había sido reemplazado por el carismático joven catedrático y periodista Luis Aguilar León. Cuando la *Revista Time* lanzó el famoso «*Castro: Robin Hood of the Americas*», la velocidad de los nuevos medios de comunicación instantáneamente le dio al mundo nuevos jóvenes revolucionarios, dejando a Mañach, como después diría Heberto Padilla, *Fuera del*

juego. Como indicó en la carta de abril de 1961 pocos meses antes de morir, «el problema está fuera del marco cubano...», y si su desilusión con el giro marxista de la revolución de 1959 fue profunda, mucho más fue la roña que debió sentir por su postura durante el primer año de revolución. Así dijo:

Sí, defendí eso, y no estoy arrepentido de mi tenacidad ante la ilusión. ¡Habíamos vivido tantos años en Cuba queriendo una «cura de sal y vinagre», una «cura de caballo» para los males cubanos! ¡Lo había predicado tantas veces en *Bohemia* y en cien discursos! Sólo los cínicos comprendieron pronto el cinismo. Los ingenuos tardan en reconocer la superchería; pero nunca fue pecado la ingenuidad.

CONCLUSIONES

El periodismo, el tiempo y las circunstancias hicieron de Mañach un singular forjador de la conciencia nacional. Su crítica incesante durante casi cuarenta años resultó en atar la política (lea gobernantes) a la cubanía (lea cultura) debilitando quizás las propias instituciones de la República que con tanto ardor y aparente ingenuidad defendió en aquellas sábanas del papel periódico. Pero si la pintura —que fue su gran primer amor— y la cultura no llegaron al desenlace que él sostuvo, el mayor principio para Mañach fue ser dibujante y fundidor del canon de la *comunicación*. El reto quedó nulo al perder el cubano su libertad de prensa, expresión y asociación. Nuestros padres, al dejar nuestras fronteras, nos hicieron nómadas en búsqueda de nuestra propia identidad.

No podemos olvidar que en la prensa de Cuba hubo excelentes periodistas que por igual promulgaron la continuidad histórica de la nación en la prensa. Aquellos forjadores de nuestra nacionalidad han desaparecido. Para ellos tristemente el *Centenario de la República* de Cuba no se celebrará en el *Diario de la Marina* (1844) que fue iniciado por Nicolás Rivero, *El Comercio* (1881) de Lorenzo de Beci, *La Lucha* (1885) de Antonio San Miguel, *La Discusión* (1889) de Manuel María Coronado, *La Unión Española* de Isidoro Corzo, *El Nuevo País* (1899) por Ricardo del Monte, o en el *Havana Post* (1900) fundado por C.E. Fisher y *El Mundo* (1901) por José Manuel Govín. Pocos dirigentes de aquellos nueve diarios habaneros y tres revistas con que nace la República, *El Hogar* (1833), *El Fígaro* (1885) y *Cuba y América* (1897), sobrepusieron el poderío colonial de España, y si muchos rebasaron el *Cincuentenario de la Independencia* en 1952, ninguna de aquellas empresas se salvó de la purga cultural que llevaron a cabo los jóvenes revolucionarios del 59. Fue meta de muchos elevar al pueblo cubano tras *una* cultura a toda costa a través del periodismo. Esos *ajustes, acuerdos y arreglos* de antaño maquinaron el presente *resolver* que define al cubano de la isla. En el caso de Jorge Mañach fue su principio y su fin.